

# Capitalismo en crisis, pandemia y resistencias populares

*Mariano Félix*

## **Una pandemia capitalista en marcha**

El capitalismo global se encuentra en una profunda crisis. Desde mediados de 2008 atraviesa un proceso de significativo estancamiento que se ha agravado con el parate provocado por la pandemia del COVID-19. Esta crisis se extendió como reguero de pólvora por el globo, poniendo sobre el tapete la sostenibilidad de la vida misma.

La crisis de 2008 abrió un proceso complejo de reestructuración del capital internacionalizado, que avanza en una sucesión de oleadas. Se aceleró la digitalización del capital y, en paralelo, se multiplicaron las formas de privatización y saqueo de los bienes comunes. Las plataformas online, las Apps, la automatización de procesos y el uso de formas de inteligencia artificial se expandieron como nunca antes. En simultáneo, se profundizó la transformación de la matriz energética global para consolidar un nuevo patrón crecientemente organizado en torno a la energía eléctrica y, por lo tanto, en derredor de las baterías.

Con estas transformaciones, las formas de control total e inmediato de los procesos de trabajo y explotación se amplían en la medida en que los algoritmos y las técnicas de reconocimiento de voz e imágenes mejoran. Por detrás de estos procesos, las transnacionales extienden su esfera de influencia y construyen un mercado laboral mundial donde prevalecen la precarización y la superexplotación de la fuerza de trabajo. Se consolida la irrupción de China como nueva potencia mundial y centro de la acumulación global. A través del nuevo imperialismo chino, el gran capital global se abre paso por medio del sur global con megaobras de infraestructura para el saqueo de nuestros territorios.

La creación del ambiente a imagen y semejanza del capital (es decir, como trabajo muerto productor de muerte) enfrenta en esta crisis pandémica al capital globalizado con su propia finitud. La crisis pandémica es la crisis de una forma de desarrollo (o si se quiere, es producto de lo que conocemos como “desarrollo”) que construye formas de producir mercancías sin considerar las condiciones de producción y reproducción de la base natural/humana/animal/ambiental de la vida en la tierra. La pandemia provino de la aniquilación

de los bosques, del desplazamiento forzado de animales y personas de sus hábitats y territorios ancestrales, del confinamiento masivo y brutal de personas y animales en fábricas y ambientes insalubres, de la aceleración de la vida a ritmos y ciclos incompatibles con su sostenibilidad.

## **El ciclo de explotación se detuvo temporalmente**

La pandemia detuvo la rueda de la acumulación y condujo al capital al abismo de su desvalorización general. No hubo tecnología que pudiera contrarrestar la imposibilidad del capital para movilizar la fuente de todo valor. Millones de trabajadorxs confinadxs en sus hogares, por miedo, convicción u obligación estatal, pusieron en suspenso la explotación generalizada en las fábricas y oficinas. El ciclo del capital se ralentizó a su mínima expresión y, por varios meses, las cadenas globales de explotación colapsaron. En ramas altamente feminizadas como el turismo, las ventas minoristas y la maquila de exportación el impacto fue brutal. Millones de empleos, en particular los más precarios y peor pagados, desaparecieron de la noche a la mañana.

A su vez, el colapso global de los mercados laborales multiplicó el trabajo invisibilizado, poco o no remunerado en los hogares y comunidades. El trabajo de reproducción y cuidados se acrecentó exponencialmente y se intensificó. Por un lado, millones de almuerzos más pasaron a ser cocinados en las casas y comedores comunitarios. Niñxs por doquier pasaron a la educación a distancia desde los comedores y livings de los hogares. La carga diaria para la resolución de la vida cotidiana, de la reproducción vital, se intensificó. Las mujeres y cuerpos feminizados han sido históricamente responsabilizadas de esos trabajos invisibilizados y desvalorizados, y en la crisis han enfrentado una carga de trabajo multiplicada. Si algo muestra la crisis pandémica es que el trabajo y, en especial, el trabajo de cuidados y reproducción, están en el centro de la vida.

## **Los Estados frente a la crisis**

Al mismo tiempo, la crisis expuso la fragilidad de los Estados capitalistas en la era neoliberal para afrontar las contradicciones sistémicas. Las políticas públicas fueron tensionadas al máximo entre las demandas del gran capital transnacionalizado y las demandas y necesidades populares. Con formatos idiosincráticos, cada país

estableció acciones de redistribución de ingresos con el fin último de evitar una convulsión social a gran escala. Estas intervenciones operaron como transferencias directas de ingresos a los hogares combinadas con acciones para congelar o subsidiar tarifas, empleos u otorgar créditos baratos. En muchos de esos países estas acciones condujeron a configurar apoyos indirectos e impropios a grandes empresas que vieron compensadas sus ganancias evanescentes.

La contracara de las masivas intervenciones estatales es un descomunal incremento en los déficits presupuestarios de los Estados y la explosión exponencial del endeudamiento. La deuda pública se multiplica a niveles máximos y se abre una potencial crisis para los próximos años. La magnitud de la crisis económica y la necesidad de acciones sin parangón han puesto en crisis también los paradigmas de las políticas públicas. Luego de años de austeridad, privatizaciones y ajustes, la situación fuerza a revisar el *statu quo*.

### **El capital aprovecha la pandemia para superar su propia crisis**

La crisis pandémica se ha convertido en una oportunidad para el capital. En efecto, frente a una crisis estructural de largo aliento, las grandes corporaciones transnacionales no sólo han logrado sacar grandes beneficios de la pandemia, sino que han podido consolidar su poderío societal, estableciendo nuevas prácticas para la reproducción del metabolismo social del capital.

Las transnacionales de las tecnologías de información y la comunicación (como Facebook o Google) multiplicaron su centralidad en la vida cotidiana y el trabajo, consolidando nuevas pautas de trabajo remunerado y no remunerado, ampliando su penetración en la subjetividad humana, fortaleciendo la apropiación “invisible” y no remunerada del trabajo colectivo. La compraventa de mercancías a través de las redes sociales y la distribución de tales productos por la vía del trabajo de mensajerxs altamente precarizadx transforman el panorama socioproductivo de las ciudades. El trabajo remoto abre a la explotación laboral a la totalidad de la jornada; millones han pasado a ser trabajadorxs “en disponibilidad” 24/7.

Si recupera su reproducción ampliada, el capital se encontrará con un nuevo mundo. Un mundo donde se consolidó la internacionalización del mercado de trabajo a través y al interior de las cadenas globales de explotación. En particular, la multiplicación de los hilos de la nueva ruta de la seda impulsada por China se convertirá en nuevos puntos de extracción de riquezas y plusvalor en cada región del mundo. La superexplotación del trabajo y de la naturaleza se consolidará como

la única forma que muchos territorios dependientes tendrán para participar de la carrera global por la apropiación de valor.

Por otra parte, el capital extractivista avanzó sobre los territorios de frontera, tomando por asalto bosques nativos y humedales con voraces incendios en todo el mundo. Se ralentizó y transformó la explotación del trabajo, pero el saqueo de la naturaleza se aceleró violentamente. En paralelo, se multiplican los procesos de apropiación especulativa de tierras por parte del capital en sus formas financieras. La tierra para vivir y producir alimentos es acaparada por fondos de inversión en todo el mundo como forma de “atesoramiento”, para frenar la inevitable desvalorización de sus activos financieros en la crisis. En el camino, millones de familias son forzadas a abandonar sus hogares, expulsadas a una vida aún más precaria.

### **La crisis consolida el autoritarismo y el conservadurismo político**

La contrapartida directa de la crisis capitalista y su etapa pandémica es el avance del conservadurismo social y político. La crisis venía exacerbando el carácter antidemocrático de la acción estatal. Durante las décadas anteriores, la austeridad se había convertido en política de Estado, es decir, en una orientación inamovible, indiscutible. El No hay Alternativa (*There's no alternative*, TINA) de Thatcher en los años noventa se ha convertido en la base de las políticas públicas más allá de la alternancia de fuerzas políticas.

Nadie “saca los pies del plato” realmente. El swing entre (neo) liberalismo y socialdemocracia desarrollista no ha alterado el sustrato de las políticas dominantes que consolidan la internacionalización capitalista de base financiera y extractivista. Los matices entre las opciones políticas disponibles dentro del sistema de los partidos del orden en cada país y territorio son contenidos dentro de las “reglas del juego” establecidas por los organismos supranacionales, como el Fondo Monetario Internacional (FMI) y la Organización Mundial del Comercio (OMC), y, sobre todo, dentro de las reglas del capital como relación social dominante a escala global. La crisis de la hegemonía norteamericana y el avance del imperialismo con características chinas, condiciona y configura la nueva fase de la crisis global.

La democracia formal condena a los pueblos a elecciones periódicas donde nunca se decide nada de fondo. La organización popular en los territorios es perseguida por las fuerzas de represión, que actúan como fuerzas “terroristas”. Las prácticas más radicales intentan ser desarticuladas a través de intervenciones públicas que despotencian o debilitan la organización popular. En la pandemia, en

el marco de enormes restricciones a la movilidad y a la organización colectiva, se multiplican las acciones estatales que tratan de desactivar las iniciativas populares disruptivas, que supongan la autoorganización y el autogobierno. El Estado y el capital buscan promover formas de institucionalización de las prácticas comunitarias que sean integrables a su sistema de gobierno. Las prácticas no integrables son, como se dijo, perseguidas y reprimidas.

## **En las fronteras, nuevas luchas marcan el camino de los pueblos**

Frente a la arremetida del capital sobre nuevas fronteras, trabajadoras y trabajadores de todo el mundo continúan organizándose para detenerla y, al mismo tiempo, construir alternativas. El trabajo remoto de lunes a lunes es enfrentado con resistencias subterráneas y propuestas de nuevas regulaciones. Frente a la irreversibilidad de muchos de estos cambios, sindicatos y organizaciones gremiales luchan por nuevas piezas de legislación laboral que encuadren y contengan las ansias del capital por absorber cada átomo disponible de trabajo explotable.

El ciclo de luchas que en 2018 y 2019 estaba circulando de una punta a otra del globo, continúa y comienza a resurgir. Desde las luchas de las mujeres y el pueblo en el Kurdistán a las que lleva adelante el pueblo de Chile por una nueva constitución, pasando por las rebeliones populares contra los planes de ajuste del FMI en el Líbano y Ecuador, hoy resurgen en Perú, Bolivia y Guatemala. Estas luchas buscan construir una sociedad más justa frente a los avances antidemocráticos de un sistema político-institucional que secuestró la democracia política a favor de las grandes corporaciones capitalistas transnacionales. En el marco de la crisis pandémica, esas luchas son luchas por el derecho a vivir en paz, con dignidad. Son luchas contra los efectos del conservadurismo religioso, contra el fascismo larvado en una falsa anti-política, y contra el productivismo desarrollista y neoliberal.

Las luchas de los pueblos del mundo buscan construir otros mundos con centro en la sostenibilidad de la vida. Buscan construir nuevos comunes comunitarios que puedan superar la exacerbación de la competencia y la destrucción de la vida en el altar del trabajo muerto. Los pueblos reubican a las construcciones colectivas y la lucha en las calles como medio para la construcción de esos nuevos mundos. La magnitud de la crisis y la pandemia capitalista ponen nuevamente en el centro del escenario la disyuntiva del cambio social radical frente a la barbarie cotidiana. Solo los pueblos podrán encontrar una respuesta a este dilema vital.